

CUENTO FOLKLÓRICO Y LITERATURAS DEL SIGLO XIX

Observó Aurelio M. Espinosa que, de Fernán Caballero a Antonio Machado Álvarez y sus colaboradores, pocos fueron los cuentos folklóricos que se recogieron en España.¹ Desde el año de 1923, fecha en que se escribió la aludida frase, han progresado las encuestas, y sobretodo las publicaciones, esencialmente en las áreas de Asturias, Cataluña, Extremadura, Galicia y León. Con todo, si comparamos la situación española a la de otros países europeos, hemos de confesar, por más que nos duela, que la afirmación de Espinosa sigue siendo valedera.

Me he preguntado si una encuesta a través de los textos literarios, en el sentido lato de la palabra —poesía, novela, misceláneas— del siglo XIX y de principios del siglo XX no nos permitiría enriquecer en proporciones apreciables el caudal de los cuentos folklóricos que arraigaron en tierras de lengua española. Me he preguntado si los textos literarios podían servirnos de fuente supletiva para estudiar el cuento folklórico español. La pregunta no es del todo nueva: todos sabemos que varios romances vulgares del siglo XIX se inspiran en cuentos folklóricos, y que varios relatos tradicionales alimentaron la imaginación de Pedro Antonio de Alarcón, autor de *El sombrero de tres picos*, o la de Antonio de Trueba. Pero no existe, aun teniendo en cuenta las valiosas aportaciones de Mariano Baquero Goyanes en su admirable libro sobre *El cuento español en el siglo XIX*, ningún estudio sistemático sobre el asunto. La pregunta que me planteaba me ha conducido a unos primeros resultados, todavía muy parciales, que quisiera sin embargo exponer hoy, advirtiendo que el presente trabajo más tiene de ensayo que de obra completa y cabal.

Uno piensa primero, lógicamente, en las colecciones de romances vulgares del siglo XIX reunidas por Agustín Durán y más recientemente por Joaquín Marco, así como en las colecciones de

1. *Cuentos populares españoles*, C.S.I.C., Madrid, 1946, I, p. XXVII.

refranes, en especial las que ordenó Francisco Rodríguez Marín, dado que casi todos los recopiladores de refranes, desde el siglo XVI hasta el nuestro, vinieron a ser coleccionistas de cuentos folklóricos en forma espontánea, y como sin quererlo.

Estas pistas se revelan más o menos fecundas. Muy pronto se observa que los romances vulgares plasmados sobre relatos folklóricos son pocos: no pasan de siete los que incluye la colección de Durán. El hecho no ha de sorprender, si consideramos que esta literatura infraculta, por donde cruzan criminales y bandoleros, es literatura «populista» que raras veces enlaza con la tradición folklórica: al calificar de «popular» la literatura de cordel, corremos el peligro de complicar inútilmente unos problemas ya bastante complejos de por sí, según advierte sagazmente Mauricio Molho.² En cambio mucho más numerosos son los relatos folklóricos que salen en los refraneros: 23 por lo menos asoman en la conocida recopilación de Rodríguez Marín, *Más de 21.000 refranes castellanos...*, para no citar más que este ejemplo.

Se observa por otra parte que varios novelistas aluden en algún fragmento de sus obras a la circulación de un cuento oral: Fernán Caballero y el mismo Pérez Galdós al *Ratoncito Pérez*, el pobre ratoncito que, al día de casar con la hormigueta, se cayó en el puchero y se murió;³ Pereda a *Juan el Oso*, el héroe de fuerzas hercúleas quien liberta a las tres princesas de la cueva encantada y casa con la más linda de ellas;⁴ Fernán Caballero, Armando Palacio Valdés y Camilo José Cela al cuento de *La buena pipa*, el conocido relato de nunca acabar.⁵

Pero sobretodo resulta evidente que cantidad de novelistas y poetas aprovechan y arreglan cuentos viejos. Los arreglan, es verdad, y lo han de lamentar con razón los eruditos que se interesan por el estudio estructural de los cuentos. Pero, arreglándolos

2. «Lo popular en la literatura española», *Homenaje a Vicente García de Diego*, R.D.T.P., XXXIII, 1977, p. 286.

3. Fernán Caballero, *La Gaviota*, B.A.E., 136, p. 47a; *Lágrimas*, B.A.E., 137, p. 202b; *Cosa cumplida... sólo en la otra vida*, B.A.E., 139, p. 39b; Pérez Galdós, *La estafeta romántica, Episodios nacionales*, Madrid, Librería Hernando, p. 95.

4. «Suum cuique», *Escenas montañosas, Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1943, p. 194b; «Al amor de los tizones», *Tipos y paisajes*, O.C., p. 365.

5. Fernán Caballero, *Las dos Gracias o la expiación*, B.A.E., 138, p. 360a; Palacio Valdés, *El idilio de un enfermo, Obras completas*, Aguilar, Madrid, II (1945), p. 154b; Camilo José Cela, *El gallego y su cuadrilla*, Barcelona, Destino, 1958, p. 207.

todo lo que se quiera, estos escritores documentan la existencia de dichos cuentos. Citemos unos nombres: Hartzzenbusch, Trueba, Pedro Antonio de Alarcón, Campoamor, Rosalía de Castro, Braulio Foz, Juan Valera, Pereda, Emilia Pardo Bazán, Luis Coloma, Palacio Valdés, Víctor Balaguer, Bescos Almudévar, Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Ciro Bayo, Concha Espina. Sobrados motivos tengo para sospechar que la presente lista peca de incompleta. Quien dio el ejemplo de tal práctica en la España del siglo XIX fue Fernán Caballero, práctica que apenas advirtieron los folkloristas, que suelen limitarse, por desgracia, a estudiar las colecciones de cuentos folklóricos. Para apreciar el alcance del fenómeno, apelemos a las cifras. Creo poder afirmar que Fernán Caballero recogió e imprimió en total 84 cuentos folklóricos. Crecida cantidad de dichos relatos —35— salen en novelas o cuentos de la escritora. De esta cifra hemos de restar cuatro cuentos que publicó por otra parte Fernán Caballero en colecciones suyas (tres en los *Cuentos, oraciones, adivinas y refranes populares e infantiles*, otro en sus *Artículos religiosos*). Hecha la sustracción, llegamos a la conclusión de que 31 de los cuentos recogidos por la gran folklorista únicamente figuran en novelas y cuentos suyos.⁶

Fernán Caballero representa por cierto un caso excepcional. Pero las cifras citadas dan de esperar que una encuesta a través de la novela del segundo siglo XIX y del primer siglo XX permitiría acrecentar en proporciones apreciables el acervo de los cuentos folklóricos españoles e hispánicos. Exploremos, pues, los textos, y eso con doble movimiento, dirigiéndonos primero, río abajo, del folklore a la creación literaria, y luego, río arriba, de los textos literarios al cuento folklórico.

A. - *Del folklore a la creación literaria*

Parece lícito afirmar que el cuento folklórico de procedencia oral apenas si asoma en las obras de los primeros poetas románticos y nunca aparece en los escritos de los grandes costumbristas. Hay que llegar a mediados del siglo para que surja el folklore oral, por los mismos años, en las *Fábulas* de J. E. Hartzzenbusch y en las nove-

6. Véase mi artículo «Inventario de los cuentos folklóricos recogidos por Fernán Caballero», de próxima publicación en la *R.D.T.P.*

las de Fernán Caballero.⁷ No será fortuita la coincidencia, puesto que se trata de dos escritores de origen alemán, atentos ambos a los descubrimientos de los hermanos Grimm.

En cambio la literatura novelesca de segunda mitad del siglo XIX y de primeros años del siglo XX ofrece rica cantera de cuentos folklóricos sacados de la tradición oral. Con una excepción que conviene apuntar en seguida: la de Pérez Galdos. Creo que en la obra inmensa del novelista únicamente asoman cuatro cuentos de tradición oral: « sepamos lo que voy ganando, como dijo el gallego del cuento », ⁸ el cuento del perrito y del trasquilador,⁹ el *Ratoncito Pérez*¹⁰ y el conocido relato de la cabeza del muerto.¹¹ Añadamos en seguida que tres hechos limitan aun más el alcance del fenómeno. Primero, de esto cuatro cuentos los tres primeros sólo aparecen en forma alusiva. Segundo, parece poco dudoso que Galdos conoció el último a través de la leyenda de Zorrilla *Para verdades, el tiempo...* Obsérvese por fin que Galdos califica con cierto desdén los cuentos folklóricos de « cuentos de niños »¹² o de « cuentos de la infancia »:¹³ las expresiones y la reacción que significan son típicas de un hijo espiritual del siglo XVIII.

Otros novelistas contemporáneos o posteriores no demostraron idéntico desprecio por el cuento folklórico. Me limitaré a citar tres ejemplos.

Emilia Pardo Bazán nos ha dejado tres cuentos literarios que son trasuntos de otros tantos cuentos folklóricos: *Juan Engrudo* o el zapatero valiente,¹⁴ *Sabel* —la historia del conde Niño—,¹⁵ y *Los huevos arrefalados*, precioso cuento folklórico recogido en Portugal por Teófilo Braga, más recientemente por Luis Cortés en tie-

7. A no ser que los fabulistas de primera mitad del siglo aprovechen ya cuentos de procedencia oral. Punto es éste que no he averiguado, y que merecería averiguarse, puesto que no siempre los fabulistas se limitan a copiar a Esopo.

8. *Juan Martín el Empecinado, Episodios nacionales*, p. 138.

9. *Mendizábul, Episodios nacionales*, p. 47.

10. *La estafeta romántica, Episodios nacionales*, p. 45.

11. *El Grande Oriente, Episodios nacionales*, p. 214-215. Corresponde al tipo 780 C del índice de cuentos folklóricos de Aarne-Thompson.

12. *De Oñate a la Granja, Episodios nacionales*, p. 332.

13. *Fortunata y Jacinta, Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1942, IV, p. 19 b.

14. *Obras completas*, Aguilar, Madrid, III (1973), p. 295-297. Corresponde al tipo 1640 del índice de Aarne-Thompson.

15. *Obras completas*, III, p. 236-237. Corresponde al tipo 970 del índice de Aarne-Thompson.

rras de Salamanca, y claramente documentado ya en la España del siglo XVII.¹⁶

Pío Baroja refirió en sus obras una docena de cuentos folklóricos. No los voy a enumerar por ahora: a alguno de ellos he de referirme en adelante.

Blasco Ibáñez confiesa que saca de la tradición popular dos cuentos suyos: *La apuesta del esparrelló* y *En la puerta del cielo*, que son en efecto cuentos folklóricos. Pero la deuda del novelista hacia dicha tradición es más importante: también le debe la historia de Sancha y del pasto,¹⁷ la facecia vieja del ducado que un bromista finge regalar a un ciego,¹⁸ y el cuento de *Los hijos de Eva*, que reelaboró en dos ocasiones.¹⁹

Estamos, pues, en presencia de una fuente de inspiración literaria que no es de despreciar. Si queremos entender cómo trabajaron los novelistas del siglo pasado —y más de un novelista del siglo presente—, no podemos hacer caso omiso de la influencia del cuento folklórico.

B. - *De la literatura al folklore*

En sentido inverso, como es lógico, el examen atento de los textos literarios enriquece nuestros conocimientos sobre el cuento folklórico español e hispánico. Estas investigaciones permiten concretar nuestros conceptos acerca de la existencia de varios cuentos en el área española y americana, acerca de su carácter tradicional, acerca de su difusión geográfica. Veamos unos ejemplos en apoyo de estas afirmaciones.

a) El catálogo de Aarne-Thompson no conoce ninguna versión española del cuento folklórico del viajero rico matado por sus

16. *Obras completas*, II (1947), p. 1685-1689. Véase Teófilo Braga, *Contos tradicionais do povo português*. I-II, Porto. s. a., núm. 81; Luis Cortés Vázquez, *Cuentos populares salmantinos*, Salamanca, Librería Cervantes, 1979, 2 vol., núm. 28; fray Jerónimo de Lemos, *Primera parte de la Torre de David*, Salamanca, 1567, fol. 212 vº-213 vº. Para más detalles remito a mi estudio «Cuento folklórico y cuento literario (Pereda, Pardo Bazán, Valdes)», de próxima publicación en el *Anuario de Letras* (México).

17. *Cañas y barro*, *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1946, I, pp. 822-823.

18. *La bodega*, O.C., I, p. 1239b.

19. *El establo de Eva*, O.C., I, p. 81; *Los cuatro hijos de Eva*, O.C., II, p. 1641. Corresponde al tipo 758 del índice de Aarne-Thompson.

propios padres que no le conocen (tipo 939 A), cuento que le inspiró a Albert Camus el drama titulado *Le malentendu*. Ahora bien este cuento pertenece y perteneció a la tradición española: aparece en los *Casos prodigiosos* de Juan de Piña, en *El drama universal* de Campoamor (*Los venteros de Daimiel*) y en *La feria de los discretos* de Pío Baroja.²⁰

b) Todos conocemos el famoso cuento de *Las grullas de Ibico*, el cuento del asesino delatado por unos testigos mudos. ¿Será este cuento, que sigue llevando su título griego, relato erudito que únicamente vendrá rodando de un libro a otro? De ninguna manera. La versión del cuento que presenta Francisco Santos en *Periquillo el de las gallineras*²¹ parece ya derivarse de fuentes tradicionales, y de la tradición oral asturiana lo recoge Armando Palacio Valdés para escribir uno de los cuentos más lindos que encierran los *Papeles del doctor Angélico*, el cuento de *Las burbujas*.²²

c) Las investigaciones que propongo también permiten concretar la geografía folklórica y las áreas de difusión de los cuentos. Las encuestas contemporáneas dejan en blanco, por desgracia, varias zonas de la Península, entre las cuales figuran la Mancha y la Alcarria. Aquí también paremiólogos y novelistas suplen en parte las insuficiencias de nuestros conocimientos: Rodríguez Marín recogió en la Mancha el cuento de *Los tres consejos*,²³ y Pío Baroja nos enseña que el cuento de *Las cañas acusadoras* vivía en la Alcarria a fines del siglo XIX.²⁴

Por fin, en más de una ocasión, novelistas y poetas nos permiten aclarar la filiación entre cuentos españoles y americanos, lo cual resulta tanto más ventajoso cuanto que los buenos conocedores del folklore americano, con unas contadas excepciones (Delina Aníbarro, Cámara Cascudo, Daniel Devoto, Yolando Pino Saavedra), no suelen cuidar mucho de establecer relaciones entre relatos americanos y relatos españoles. De allí se origina una fe algo excesiva

20. Juan de Piña, *Casos prodigiosos y cueva encantada* (1628). « Colección selecta de Antiguas Novelas Españolas », VI, Madrid, 1907, p. 135-138; Campoamor, *Los venteros de Daimiel*, *El drama universal*, XXVIII; Pío Baroja, *La feria de los discretos*, *Obras completas*, Madrid, 1946-1951, I, p. 784.

21. *Periquillo el de las gallineras*, XVI, *La novela picaresca española*, Aguilar, Madrid, 1946, p. 1914.

22. *Obras completas*, I, p. 1444-1446.

23. *En un lugar de la Mancha...*, Madrid, Bermejo, 1939, p. 118-127.

24. *Familia, infancia y juventud*, O.C., VII, p. 539b.

en la originalidad del cuento folklórico americano, originalidad evidente, pero exagerada, según tendré ocasión de demostrar. No aduciré por hoy más que un ejemplo. Juan B. Rael, en su magnífica colección de *Cuentos españoles de Colorado y Nuevo México*, reproduce el siguiente cuento sobre la creación de nuestra madre Eva:

... Vino Dios y halló que era necesario ponerle compañera a Adán, y vino y le dio un sueño profundo y le sacó una costilla del lao izquierdo, y viendo que necesitaba cubrirle otra vez la herida, alzó la costilla otra vez en un árbol. Cuando curó la herida, alzó la vista pa arriba pa agarrar la costilla, pero ya un monochango que estaba arriba del árbol, estaba royendo la costilla. El Señor trató de agarrar la costilla y le agarró la cola y se la cortó, y de ahí es donde hizo Dios a la mujer.²⁵

Juan B. Rael estima que los cuentos chistosos que ha recogido son en su gran mayoría puramente mejicanos,²⁶ convicción que fácilmente se explica por el carácter muy incompleto de la recolección de relatos folklóricos en España. En el citado caso no cabe duda de que estamos en presencia de un cuento de raigambre española, si bien es verdad que no lo admite ninguna de las colecciones folklóricas formadas en España: lo recogió en el campo andaluz el P. Luis Coloma, introduciéndolo a continuación en dos novelas suyas, *El primer baile y Pequeñeces*.²⁷

Las observaciones que acabo de presentar, y otras que podría añadir, son a todas luces fragmentarias. Proceden de unos sondeos en la enorme masa de la literatura española del siglo XIX y de principios del siglo XX. La casi totalidad de los escritores menores escaparon de la encuesta, lo cual representa grave inconveniente, tanto más grave que es de suponer que los novelistas menores apelaron más frecuentemente que los mayores a material tan conocido y tan fácil de aprovechar. Convendría multiplicar las encuestas sobre los escritores regionalistas, cuyas obras encierran sin duda ricos veneros de materiales folklóricos. Habría que emprender, huelga decirlo, encuestas paralelas en las literaturas americanas. Todos recordamos la presencia de la historia del herrero y de la Muerte en *Don Segundo Sombra*, así como los cuentos que refieren Amadeo Illas en *El*

25. *Cuentos españoles de Colorado y Nuevo México*. Second Edition. Museum of New Mexico Press, Santa Fe, 1977, 2 vol., núm. 425.

26. *Cuentos españoles de Colorado...*, I, p. 5.

27. Luis Coloma, *Obras completas*. Segunda edición. Razón y Fe, Madrid, 1947, p. 277b y 631b-614a. En cambio se recogió el cuento en Portugal: véase *Contos populares e lendas*. Coligidos por J. Leite de Vasconcellos. Acta Universitatis Comnibrigensis. I-II (1963-1969), núm. 103.

mundo es ancho y ajeno o Simón Robles en *Los perros hambrientos*. También aparecen cuentos folklóricos en las obras de Tomás Carrasquilla, Rómulo Gallegos y Ventura García Calderón. Pero mucho nos queda por descubrir en este terreno, si queremos lanzarnos a explorarlo.

Para animar a los investigadores, insistiré sobre el carácter europeo de esta difusión de los cuentos folklóricos a través de las letras de fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. La novela regionalista francesa, de Frédéric Mistral a Henry Pourrat, pasando por Alphonse Daudet, Paul Arène y Jean Aicard, admite con frecuencia, lo mismo que la novela española, los relatos folklóricos, arreglándolos o disfrazándolos si se ofrece. Dirán nuestros colegas italianos si se dio el mismo fenómeno en su país. Lo cierto es que se manifiesta en la extremidad de Europa opuesta a la Península ibérica. Circula en España y Portugal un cuento viejo, tan lindo como profundo, sobre la madre de San Pedro. La madre de San Pedro ha ido a parar al infierno, y ruega el santo a Nuestro Señor que le permita salvar a su madre de las penas eternas. El Señor le concede que alargue a su madre un puerro, para que, agarrándose de él, pueda salir de las calderas infernales. Cuando consigue la madre del santo asir del puerro, se cuelgan de sus piernas las almas vecinas, deseosas de aprovechar la ocasión. La mala vieja forcejea por sacudirse de encima las almas pecadoras, y entonces se rompe el puerro. Desde aquel día sigue en las moradas infernales la madre de San Pedro.²⁸ No he leído arreglo del cuento en ningún texto español. Pero Selma Lagerlöf se inspiró en él para escribir su novela breve de *Notre Seigneur et saint Pierre*,²⁹ y lo recuerda Dostoievski en *Los hermanos Karamazov*.³⁰

El siglo XIX corresponde indudablemente a una época de resurgimiento del cuento folklórico en las letras españolas. Lo cual no ha de ocultarnos el carácter erudito que presenta dicho renacimiento. Para apreciar el fenómeno, nada mejor que trazar un paralelo entre la situación del Siglo de Oro y la del siglo XIX. En el

28. Aurelio M. Espinosa, *Cuentos populares españoles*, núm. 78 (la heroína de esta versión es la madre de Santa Catalina); Teófilo Braga, *Contos tradicionais do povo português*, núm. 120; Luis da Câmara Cascudo, *Contos tradicionais do Brasil*, Rio de Janeiro, 1967, pp. 384-387.

29. *Les liens invisibles*, Paris, Librairie Perrin, 1942, pp. 163-173.

30. *Les frères Karamazov*, «Le livre de poche», Paris, Gallimard, 1962, I, p. 406.

Siglo de Oro se hallan reunidas, en forma excepcional dentro de la historia de la cultura, tres condiciones:

- existe una tradición oral llena de vigor;
- esta tradición vive igualmente a todos los niveles de la sociedad, en las ciudades lo mismo que en el campo;
- los escritores, inclusive los más cultos, apelan espontáneamente a esta tradición.

La situación es distinta en el siglo XIX, momento histórico en el cual la tradición oral sigue teniendo vigor y lozanía, pero ya no vive con la misma fuerza en todas las categorías sociales, época en la que no todos los escritores, ni mucho menos, viven dentro de una atmósfera tradicional. Los novelistas que se interesan por la narración oral tendrán que ir a buscarla en el campo. Aprovechar los cuentos orales en una obra literaria supone ya un esfuerzo consciente, y algo tiene de afición a la etnología: la espontaneidad característica del Siglo de Oro se ha perdido. Se ha dado una ruptura, irremediable, en nuestras civilizaciones. Pero aceptar esta realidad no es motivo suficiente para dejar de estudiar con paciencia las relaciones entre literatura oral y literatura escrita que he procurado definir.

MAXIME CHEVALIER
Universidad de Burdeos